

La percepción como lugar originario de la aclaración en las lecciones husserlianas sobre las síntesis pasivas¹

Giovanni Piana

Traductor: Davide E. Daturi – Corrector: José Luis Herrera Arciniega

En el contexto de la fenomenología, toda discusión sobre el método corre el riesgo de perderse en direcciones opuestas: si, desde el inicio, tomamos el camino de la epojé fenomenológica —la cual parece contener el problema del método de manera eminente— pronto nos encontramos en una expansión progresiva que nos lleva a un marco problemático demasiado rico. Se trata de una aseveración que podría parecer —en primera instancia— bastante singular, ya que la riqueza problemática debería ser siempre elogiada como una cualidad más que como un defecto. Sin embargo, al menos por parte de aquellos que se interesan en el ejercicio concreto del método, esta riqueza puede juzgarse excesiva precisamente porque —con la amplitud de las referencias histórico-filosóficas y la orientación dirigida en prevalencia hacia el problema general de la fundación— permanecen solo en segundo plano todos los asuntos relacionados con su practicabilidad efectiva. Si, por otro lado, tomamos el camino que se titula “¡a las cosas mismas!” —el cual sugiere un enfoque mucho más directo e inmediato, llevando la atención precisamente a la necesidad de traducir el nombre “fenomenología” en una práctica metódica aplicada concretamente—, el riesgo es el de tener una indicación demasiado pobre, abierta a toda equivocidad y a interpretaciones muy diferentes, así como a críticas no completamente infundadas. De hecho, este camino conduce a la “descripción sin prejuicios”, al puro “ver” a-teórico, a la “fidelidad” de los datos de la observación fenomenológica, siendo estas cosas sobre las cuales se puede asentir o disentir, pero no se alcanza vislumbrar en ellas la especificidad de un método. De hecho, se obtiene mucho más, a este respecto, explorando los textos husserlianos para ir en búsqueda de aquellos procedimientos

¹ Este ensayo está incluido en el texto *Fenomenologia delle sintesi passive* (lulu.com, 2013) y ha sido publicado en el libro *Ragione e storia. Studi in memoria di Giuseppe Semerari*, F. Tateo (ed.), Schena Editore, Fasano di Brindisi, 1997, pp. 187–198.

que se implementan y que poseen un significado metódico preciso, ya sea que, por un lado, se teorice explícitamente o, por el otro, que esta teorización no exista o se reduzca al mínimo.

En este sentido, quisiera remarcar el tema de la percepción como “lugar originario de la aclaración”, como es propuesto y llevado a cabo en las *Lecciones sobre las síntesis pasivas* que recientemente se publicaron en una excelente versión italiana, hecha por Vincenzo Costa y editada por Paolo Spinicci² [1]. Por supuesto, nos encontramos aquí en el interior del gran tema de *Experiencia y Juicio*, y por tanto en el marco del problema del origen antepredicativo de las formas lógicas —pero el ángulo desde el cual ahora quisiera posicionarme es más bien aquel de la referencia “genética” como una referencia a una metodología de análisis que apunta a la claridad y a la distinción conceptual. Husserl dice justamente: «El lugar originario para aclaraciones realmente radicales es la percepción y [...] sobre todo la percepción trascendente»³. Queremos hacer hincapié un poco en el sentido efectivo y el alcance de esta afirmación. Dado que el comienzo del problema se da con el problema de la “modelización” —y entonces con una reflexión sobre nociones lógicas— en ella está implícito un fondo crítico: una aclaración que empezara y se mantuviera únicamente en un nivel lingüístico, proponiendo una reflexión sobre el uso de los términos, quizás podría despejar el terreno, liberándolo de los primeros malentendidos. Pero realmente no podría llegar al meollo de la cuestión, porque no podría actuar con la radicalidad que aquí se necesita.

En cambio es necesario producir un modelo perceptivo que vuelva a presentar los términos de la distinción conceptual que se quiere examinar, como términos que se resuelven enteramente en dinámicas procesuales y experienciales descriptibles de manera determinada. Después de haber destacado las articulaciones y las necesidades internas del modelo, se regresará a la distinción conceptual, la cual seguramente sufrirá el contragolpe de este análisis. Afirmación y negación —para proporcionar un ejemplo que se encuentra al comienzo de todos los desarrollos posteriores— son conceptos que deben referirse principalmente a las proposiciones. Entonces, debemos

² Husserl, E., *Lezioni sulla sintesi passiva*, Guerini, Milano 1993, trad. it. de *Analysen zur passiven Synthesis* [p. 3-222], M. Fleischer, Kluwer, Dordrecht, 1966, Husserliana XI. La traducción no incluye los textos complementarios y los apéndices. Todas las citas están recabadas de la versión italiana.

³ *Ib.*, p. 63.

preguntarnos: ¿es posible introducir una situación perceptiva a la cual se puedan referir estas nociones, aunque sea con una necesaria modificación de sentido? Por supuesto, esto es posible; lo demuestra el hecho que hay proposiciones que enuncian estados de cosas comprobados perceptivamente. Pero si consideráramos esta conexión como una conexión que se ha instituido únicamente a través de la referencia al contenido, de seguro no iríamos muy lejos. Lo importante es remarcar las relaciones lógico-estructurales que permiten establecer un vínculo entre el campo de la proposición, por un lado, y el campo de la percepción, por el otro. Estas relaciones no están disponibles de inmediato; por el contrario, podría afirmarse un principio de separación clara: la proposición dice lo que dice, es —por así decirlo— inmóvil en la identidad de su significado, mientras la percepción es un proceso. En realidad, lo que nos obliga a buscar una conexión es un principio metódico fundamental.

Por lo tanto, desde un punto de vista lógico-lingüístico, puede parecer que la afirmación y la negación sean simplemente conceptos opuestos y la idea de que la operación que realizan tiene como base una representación mental “neutral”; a este respecto, parece imponerse con una cierta plausibilidad. Sin embargo, al aplicar el criterio metódico de la referencia a modelos perceptivos, no encontramos nada similar a una representación neutral y, por lo tanto, debemos empezar con reconocer esta circunstancia. Esto implica que afirmar o negar, considerados a la luz de su posible correlato perceptivo, no podrán entenderse como “cualificaciones” de un “mero contenido”, es decir, de un contenido que no es ni negado ni afirmado. En cambio, se requiere una discusión que parta de la idea de un proceso experiencial de síntesis concordantes, que instituye un terreno de certeza “originaria”. Aquí, la originalidad debe ser entendida, obviamente, en un sentido estrictamente fenomenológico. En referencia a esta, solo se quiere sostener que la percepción no puede empezar con el “no”. La misma lógica del proceso experiencial lo excluye. En primer lugar, algo debe darse simplemente y, precisamente, como un momento de un curso ininterrumpido en el cual la cosa se autoconfirma continuamente en su sentido. Sin embargo, es posible que este curso se interrumpa, o que la expectativa determinada según el contenido, que es propuesta continuamente en la certeza originaria, no se cumpla; en relación con una situación similar, podemos hablar de la negación como una cuestión interna a la

percepción y, al mismo tiempo, como algo que anuncia el “no” ya que pertenece a un nivel enteramente diferente de la proposición.

Este nivel es alcanzado más claramente cuando se pasa a la condición de la duda perceptiva. Por supuesto, se podría hacer un análisis del uso del verbo “dudar”, o del verbo “creer”, etcétera, manteniéndose por tanto estrictamente en el terreno de las consideraciones lingüísticas. En realidad, no se debe suponer, banalmente, que dicho terreno está excluido de las consideraciones fenomenológicas, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que a menudo el lenguaje actual contiene, precisamente, indicios importantes para lo que concierne a la fenomenología del mundo de la experiencia. También el recuento de los usos contextuales, según el estilo de la noción wittgensteiniana del “juego lingüístico”, puede ser parte de las herramientas del fenomenólogo. Pero estas eventuales referencias al lenguaje pueden ser implicadas en una investigación fenomenológica solo porque están elaboradas de manera coherente con una teoría filosófica en la cual se encuentra la idea de que la respuesta “radical” debe ser buscada en la percepción. En otras palabras, tarde o temprano debe presentarse la pregunta en torno a la condición perceptiva por la cual con la palabra “dudar” no entendemos un verbo que debe ser integrado en una proposición de una manera determinada, sino la vivencia que le corresponde; a su vez, dicha vivencia no debe entenderse como un estado mental que debería investigarse por medio de un análisis introspectivo, sino como específica modalidad intencional cuya estructuración fenomenológica puede ser alcanzada en su evidencia. De hecho, la referencia al terreno perceptivo conlleva la ventaja de despejar el campo de un posible equívoco psicologista relativo al modo de entender la vivencia; contemporáneamente enseña que lo que es posible como construcción lógico-gramatical podría no tener sentido alguno [es decir, alguna confirmación] si referido a la percepción. Por ejemplo, la iteración de la duda “dudo de dudar”, “dudo de dudar de dudar”, etcétera, es posible como construcción lógico-gramatical; pero no hay ninguna confirmación fenomenológica, ni del lado del sujeto ni de aquel del objeto, para dichas expresiones. Además, esto se comprueba también en relación con los contextos de uso del lenguaje actual, los cuales no proporcionan ejemplos sensatos de empleo para estas iteraciones, las cuales deberán considerarse, por tanto, como construcciones abstractas concebidas para intereses puramente “especulativos”. Por lo tanto, el tema de la duda será

propuesto primariamente como duda perceptiva y entonces como forma peculiar de interrupción de las síntesis de concordancia que ahora tiene la forma de la oscilación entre esperas alternativas de diferente peso. Y por supuesto, la resolución de la duda, con el prevalecer de una inclinación de la creencia, propone el “sí” y el “no”, el afirmar y el negar según una acepción que en realidad ya está muy cerca del nivel de la “espontaneidad” discursiva.

Sin embargo, para ilustrar el sentido metódico de la percepción como lugar originario de la clarificación, se necesita mirar también en otra dirección, dado que el ejemplo de la afirmación y de la negación, y la discusión sobre la certeza y la posibilidad que inmediatamente está implicada, se encuentran estrictamente en el horizonte problemático del origen ante-predicativo de las formas del juicio; de esta manera, el sentido metódico parece depender estrechamente de la naturaleza del problema, hasta el punto de que tal vez es inseparable de este.

En el interior de esas mismas *Lecciones sobre las síntesis pasivas* se muestra cómo las cosas no están así. De hecho, estas lecciones miran en varias direcciones —y desde el inicio parece claro que la elaboración de la noción de síntesis pasiva conduce mucho más allá de una delimitación temática sobre la relación entre estructuras antepredicativas y categorías lógicas. De hecho, esta noción nos lleva en el terreno de una nueva propuesta fenomenológica de la teoría humeana de la asociación, que está enteramente reformulada, por no decir revertida, en sus términos y sentido. Antes que todo, el problema de la asociación es considerado como un problema de la estructuración y unificación de las “emergencias” perceptivas; estas poseen una “fuerza afectiva latente”, en donde, sin duda, las nociones de emergencia y de afección representan una elaboración de la noción humeana de impresión. En el interior de este esquema se asoman pocas pero significativas ideas sobre la noción de inconsciente; es interesante poner la atención sobre ellas porque nos encontramos en un ámbito muy lejano de aquello de la génesis de las categorías lógicas. Primeramente, observemos que hay algo singular e incluso sorprendente, en la manera en que en las *Lecciones* se aborda el problema del inconsciente: el argumento aparece de repente, aparentemente sin preparación, sin la mínima indicación de la existencia de las grandes elaboraciones sobre este argumento, de Freud o de Jung, y también el desarrollo aparece bastante

pobre, a pesar del énfasis con el que se anuncia el problema⁴. Para resolver las dudas generadas por la exposición, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que, en el espíritu de las consideraciones de Husserl, el problema del inconsciente se plantea en el nivel más básico, es decir, aquel del significado o de los significados posibles de dicho término; es así que, demostrando también el radicalismo en el planteamiento problemático que a menudo se reivindica en estas páginas, se lleva a cabo una puesta entre paréntesis de las teorías desarrolladas, para empezar una reflexión autónoma. Por tanto, se propone necesariamente un esclarecimiento preliminar. Pero ¿cómo es posible satisfacer dicha necesidad? En realidad, proponiendo otra vez el sentido metódico de la percepción como lugar originario de la aclaración.

La pregunta que primero debemos responder es si, al investigar la estructura de la relación perceptiva, se presentan circunstancias para las cuales resulta apropiado hablar de "inconsciente". Luego, estas circunstancias deberán aclararse para la definición de los problemas que pueden incluirse bajo este título. Aún más simplemente, podríamos hacer la pregunta de esta manera: de nueva cuenta nos dirigimos a las formaciones sintéticas de la percepción con las sugerencias que lleva consigo la noción de inconsciente. Y queremos determinar si desde este ángulo de la mirada fenomenológica podemos individuar pistas significativas para abrir y establecer un debate capaz de desentrañar las dificultades y oscuridades que se encuentran en el interior de esa noción. Además, existe un aspecto que anteriormente se había pasado por alto y que, en cambio, ahora debe volverse explícito. La referencia a una situación que actúa como modelo perceptivo, contemporáneamente, también representa la referencia a un análisis "actual", es decir, a un análisis dirigido a la dimensión temporal del presente. Eso significa que el proceso perceptivo es introducido ya que puede proporcionarnos una base ejemplificativa directamente producible aquí y ahora: en la percepción, dado su correr en el presente y en presente, debemos buscar aquellas que Husserl define como "evidencias de primer nivel", para delimitar preliminarmente la noción de inconsciente. Este aspecto —que probablemente en los ejemplos anteriores no necesitaba ser remarcado— ahora adquiere una importancia particular debido al hecho de que la cuestión del inconsciente, abordada de esta manera, inmediatamente demuestra incorporarse con

⁴ Ib., pp. 210, 223, 230.

la estructura del presente, con la dinámica de la retención y protensión: aquella está “implicada” en la forma temporal y por tanto también en la forma de la relación intencional dentro la cual se constituye la misma subjetividad. Husserl dice: «Solo una teoría radical, que de la misma manera satisfaga la construcción concreta del presente viviente y aquella de las concreciones individuales que se forman a partir de los elementos constitutivos, puede resolver el enigma de la asociación y con ello, todos los enigmas del “inconsciente” y del cambiante “devenir consciente”. Por otra parte, todas las razones de una teoría surgen de las evidencias de primer nivel, de aquellas que necesariamente son para nosotros el punto de partida: las evidencias que se encuentran en los fenómenos del presente viviente que está, por así decir, completamente estructurado»⁵. Existe una forma de articularse y estructurarse [Gestaltung] del presente y precisamente esta misma estructuración impone que se hable de inconsciente. Sin embargo, también requiere que hablemos al respecto, de acuerdo con una cierta inclinación, según un estilo que sea estrictamente consecuente con una similar elección metódica. Hablar del presente y de la relación intencional que se instituye en ello, significa hacer referencia a la “presencia” en un doble sentido, objetivo y subjetivo: se trata de que el objeto esté claramente presente para la subjetividad que lo experimenta, pero al mismo tiempo también que la subjetividad esté presente consigo misma; esto se conoce como estar despierto o lucidez del yo, el explícito “yo percibo esto o aquello”, “yo juzgo”, “yo quiero”, “yo deseo”, etcétera. Sin embargo, el tema de la afección confiere a esta dimensión de la presencia, de la lucidez del yo, mayor complejidad, hasta en una consideración que tome en cuenta los más elementales hechos perceptivos. De hecho, el estar despierto del yo se da como un estar despierto en relación con un determinado interés y a su vez este interés se da como un interés despertado por una “fuerza afectiva”. No hay duda de que, justo en este campo de problemas, aparecen con claridad los límites del discurso husserliano, por lo menos en relación con esta obra. La palabra afección [Affektion] no quiere hacer referencia a la vida afectiva en un sentido usual —y por tanto a la vida del sentimiento— sino solo caracteriza la situación del “ser afectados”, que antes que todo puede ser ejemplificada por hechos puramente sensoriales. Si bien en varios pasajes no se puede evitar de

⁵ Ib., p. 223 [*cursiva nuestra*].

pensar que Husserl toma en cuenta la posible ambigüedad de dicha palabra —y por tanto también la posibilidad de implicar factores del orden emotivo— la puesta a un lado de esta parte del problema es bastante explícita: “Consideramos aquí las funciones de la afectividad que se basan puramente en el momento de la impresión. Desde la esfera del sentimiento, luego podemos solo tomar los sentimientos originariamente unidos a los datos sensibles”⁶, y por tanto, según lo que parece, solo las diferencias de lo agradable y lo desagradable, con una acepción, lo más que se pueda, “epidérmica”. Toda la temática de la afección y del interés parece estar, en más de un punto, estrechamente subordinada con el tema del conocimiento: el movimiento del yo determinado por la afección lleva a una “observación más detallada del objeto”⁷. Detrás del tema del interés es difícil, siguiendo a la letra la página husserliana, entrever aquel del deseo y más adelante, el de la necesidad y del instinto. Otra limitación particularmente relevante, que se refiere a la entera temática de la asociación, es la ausencia de cualquier implicación de la vertiente propiamente imaginativa: en las lecciones no se asoma ni siquiera la sospecha de que en las síntesis perceptivas —que constituyen el “sentido” del objeto— pueden tener una función relevante algunos tipos de síntesis que más bien pertenecen al campo de las operaciones de la imaginación. El problema del “sentido” se pone exclusivamente como el problema de una formación unitaria en el marco de un conocimiento posible y por tanto predomina un punto de vista orientado epistemológicamente. Dichas limitaciones, que en su conjunto caracterizan la exposición husserliana, en relación con nuestro tema acentúan un enfoque que ya estaba orientado metódicamente hacia la exclusión inicial de un nivel de discusión demasiado avanzada. Por tanto el primer paso a seguir radica en una modificación en la consideración del campo del presente perceptivo.

Antes todavía de ser entendido como campo de objetos, este debe entenderse como campo de acción de las fuerzas “afectivas” que presionan al yo desde todos los lados y tratan de atraer su mirada hacia sí mismas. De hecho, en la dimensión de la vigilia no está solo el puntual estar dirigido del yo hacia el objeto, sino está un horizonte de la vigilia que sobre todo es un horizonte de fuerzas afectivas latentes. Algunas de estas fuerzas están próximas al yo y casi lo van a alcanzar; en cambio, otras

⁶ Ib., p. 207.

⁷ Ib., p. 205.

están más lejos y apenas se dejan sentir. Todavía más lejos, todo se pierde en una obscuridad indistinta. ¿No deberíamos entonces, en referencia a esta “gradualidad de la afección en el presente viviente”⁸, encontrar ya un motivo que esté relacionado con nuestro problema? Hablar de esta gradualidad significa aludir a la presencia como una región de luz de intensidad decreciente —por tanto, una región de luz que degrada en una región de sombras cada vez más oscuras. En la obscuridad hay afecciones potenciales que están listas para actualizarse y, al actualizarse, para actuar sobre el yo, imponiéndole una nueva orientación a su estar dirigido. Y por supuesto, en relación con la noción de afección vale lo mismo que para la noción de emergencia: los datos fenomenológicos —las emergencias— deben componerse en una formación unitaria, pero esto tiene lugar en un proceso dominado por un conflicto interno. La asociación de la que se habla, no es una unificación estática de contenidos, una pura y simple “composición” de éstos, sino que contiene un motivo dinámico, según el cual una dirección de sentido unitario se afirma ya que puede superar el conflicto con otras posibles direcciones de sentido. Las fuerzas afectivas están en conflicto entre sí; cada una apunta hacia su propia afirmación y, en dicho contexto, esto significa que cada fuerza afectiva pretende imponerse a la atención observacional y cognitiva del yo, pero, por supuesto, de seguro aquí están implicadas otras extensiones posibles de sentido.

Todo esto se dice en relación con una ejemplificación que debe ser absolutamente elemental. Si operamos las restricciones mencionadas anteriormente en relación con la noción de afección, objetos como puntos luminosos, manchas de color, simples formaciones figurativas, ruidos y sonidos, serán buenos ejemplos de emergencias capaces de ejercer una fuerza afectiva. Sin embargo, la petición explícita que aquí se nos hace es precisamente comenzar a discutir la noción de inconsciente a partir de ejemplos como estos. Aquí, la convicción implicada es que las distinciones y los problemas que se empiezan a vislumbrar en este ámbito podrán proporcionar el hilo conductor para la expansión que indudablemente el problema debe recibir, tan pronto como se considere en el marco de una noción de subjetividad plena y completa. De hecho, la orientación que está surgiendo es mucho más precisa de lo que podría hacer

⁸ Ib., p. 223.

pensar un inicio tan elemental y sus posibles ejemplificaciones. Al inconsciente le pertenece una afección todavía distante, un sonido que casi no oímos y al cual no prestamos atención; sin embargo, actúa a nuestra espalda mientras hablamos con un amigo o estamos dirigidos a la activa realización de una tarea. Sin duda, podemos decir de este sonido: “lo oigo y no lo oigo” —se encuentra en la “antesala del yo”⁹. Además, también podemos hablar de un conflicto entre este sonido y los otros ruidos que provienen del exterior que percibo confusamente, pero que no escucho. Desarrollando la metáfora husserliana, tal vez podríamos decir que mientras el yo se encuentra en la sala de su casa, en la antesala suceden muchas cosas, hay muchos invitados, más o menos bienvenidos, que presionan para ser recibidos primero y que precisamente por esto se contraponen vivazmente entre sí. Aquí se presentan al menos dos ideas, conectadas entre sí, para la elaboración del problema del inconsciente: la idea de la existencia de diferentes niveles de consciencia y la idea de que la falta de consciencia puede tener el sentido de un percibir desapercibido, como se propone en el ejemplo del sonido que oímos y no oímos. Por lo tanto, no está la consciencia por un lado y el inconsciente por el otro, como una especie de partición de la vida subjetiva, ni menos aún está la idea de una vida autónoma del inconsciente de la cual la vida consciente sería un simple resultado. La gradualidad de la afección, que sobre todo se presenta en el nivel del campo de presencia, sugiere otro pasaje que se refiere al movimiento del presente. El alejamiento de la afección —por tanto, su debilitamiento— debe entenderse como un movimiento temporal, vinculado a la degradación retencional del presente y finalmente a la formación de un pasado en un sentido pleno y apropiado.

Desde el punto de vista de una fenomenología de la temporalidad, el pasar tiene el sentido de un enturbiamiento gradual de las distinciones, de un obscurecerse progresivo que pasa a una obscuridad total, “en una noche entera”¹⁰. Y aquí, por supuesto, tenemos la oportunidad de hacer referencia al inconsciente, obviamente con una acepción estrechamente conectada a este hilo conductor: el tema del inconsciente aquí se muestra conectado con aquel del pasado y el olvido. No solo, por lo tanto, la vida despierta tiene un horizonte de afecciones latentes, sino las actualidades afectivas

⁹ Ib., p. 224.

¹⁰ Ib., p. 230.

que son parte de la vida despierta están destinadas a disminuir su fuerza afectiva en virtud de su gradual hundimiento temporal: están destinadas a volverse cero. El no estar presente en la consciencia ahora asume simplemente el sentido del haber sido olvidado. Se trata de una conexión que puede parecer obvia y al mismo tiempo improductiva desde el punto de vista teórico, pero las cosas parecen diferentes si se considera que este tema del olvido está conectado al siempre posible despertar del contenido olvidado y, por consiguiente, también de su fuerza afectiva. El contenido que se ha vuelto cero, se encuentra en el borde extremo de la consciencia y precisamente por esta razón puede llamarse “inconsciente” pero, como se reitera varias veces, se trata de un cero que sin embargo no es una nada¹¹: la disminución de la fuerza afectiva se debe a la mera forma temporal del evento y no se refiere al contenido como tal, en lo que es propiamente. Por lo tanto esta atenuación no llega a invalidar la capacidad impulsiva del evento en sí. El pasado mismo adquiere el carácter de un campo de latencias afectivas que pueden reactivarse en cada momento.

El título de inconsciente está conectado con el pasado, así como está conectado con la posibilidad de su despertarse — posibilidad que todavía cae en el campo de los fenómenos de la asociación y que pone en tela de juicio no la simple determinación del presente por parte del pasado, sino la interacción entre presente y pasado, una interacción que puede investigarse en diferentes grados de complejidad. Y vale la pena decir que también esta puede representar una preciosa indicación para una elaboración desarrollada del problema. Para concluir quisiera llamar la atención en el hecho que la aclaración del concepto del cual partimos no representa, al interior de este punto de vista, una simple limpieza de desechos no deseados, una operación que se satisface mediante la liberación de este o aquel posible uso equívoco de la palabra: por el contrario, el hecho de que la aclaración no puede tener lugar si también no se promueve una investigación efectiva — que no deja las cosas como son por lo que se refiere a una posible profundización teórica — parece estrechamente conectado con el motivo metódico de la percepción como “lugar originario de la aclaración”.

¹¹ Ib., p. 225.

